

Mar
Gómez
Glez

Cambio
de sentido



Paréntesis

FRAGMENTO

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA

Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodedos, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

El Domador, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

Los agujeros negros, AQUILINO DUQUE

El aprendiz de emigrante, ROBERT LOUIS STEVENSON

Cartas de Nueva York, JOSÉ MARTÍ

Percusión, JOSÉ BALZA

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

La maldición del cronista, MARC GUAL

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA

Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

El año de Malandar, JUAN VILLA

La carpa de oro, CHARO PRADOS

El hombre encuadernado, BRUNO MESA

Mi vida sin Eva Gundersen, MANUEL J. RAMOS ORTEGA

El libro del sabor nuevo, ELENA RODRÍGUEZ

Campo de minas, CÉSAR ROMERO

Tierra raya, ANTÓNIO TRINIDAD



Mar Gómez Glez nació en Madrid pero actualmente reside en Nueva York, en donde estudia un doctorado e imparte clases en New York University. Es Licenciada en Sociología y Periodismo, con un máster en Teoría de la Literatura. Ganó el Primer Premio de relato corto del Certamen Arte Joven Latina 2008 por el cuento, y es autora de la novela infantil *Acebedario* (Quito, 2006).

Como dramaturga ha coescrito varias obras llevadas a la escena y en el año 2007 recibió el II Premio «Beckett» de Teatro por su primera obra en solitario: *Fuga mundi* (2008). En el verano de 2009 fue invitada por el Royal Court Theatre de Londres a su Residencia Internacional para dramaturgos emergentes y trabajó allí en su obra *Cifras*. Ha sido escritora residente, financiada por el Ayuntamiento de Madrid, en la Residencia de Estudiantes. Ha publicado y colaborado con diferentes medios culturales.

Fragmento de muestra de *Cambio de sentido*

La primera vez que vi a la doctora Farazzo venía acompañada de mi abogado. La doctora me dio la mano sonriendo y no se sentó hasta que nos dejaron solos. Tenía una sonrisa poderosísima, como de acero. Con esa sonrisa había ganado muchas batallas. Lo que más me admiraba de la doctora no eran sus conocimientos farmacológicos, sino su imperturbable sentido común. Atravesó el país para examinarme; era una de las pocas psiquiatras forenses de Francia que podía hablar conmigo sin necesidad de intérprete. Me explicó quién era, se interesó por mi salud y por cómo me adaptaba a la vida entre rejas, a lo que yo repuse que precisamente procuraba no adaptarme porque esperaba salir en cuanto se aclarasen los hechos.

—Tengo que hacerle un cuestionario escrito —me dijo—, es un requisito oficial. Quiero que lo conteste rápido, porque lo que nos interesa a los dos es que termine cuanto antes y hablemos.

No perdió el tiempo en rodeos y en cuanto dejé el lápiz en la mesa recogió los papeles.

—¿Sabe, usted, porqué le han encerrado? —me preguntó.

Contesté que sí. Me acusaban de robo, de lesiones y de homicidio. Sin embargo, aunque no podía negar cierta participación en los hechos, yo no había cometido ningún delito, porque mi implicación era circunstancial.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que las casualidades han tenido un papel mucho más importante que mi voluntad.

—¿Podría explicarme el significado de la palabra *voluntad*?

Después de un rato le respondí que no, que no podía, que debería preguntarle a un filósofo. Lo único que podía decirle era que en la vida hay veces en que las circunstancias te obligan a hacer cosas que nunca hubiéramos concebido en cualquier otro escenario.

La doctora apuntó mis palabras y me prometió que nos seguiríamos viendo para que le contara detalladamente mi versión. A partir de entonces, Farazzo me visitaba al menos dos veces por semana.

Los días que venía por la mañana me perturbaban. Cuando intentaba recordar a Null y Teba, lo que me venía a la mente eran mis sueños. Me esforzaba por contestar a la doctora pero la persistencia de las imágenes dificultaba mi discurso y con cada nueva frase me enredaba de tal forma que ya no diferenciaba mi experiencia de mis sueños. Entonces me transpiraban las manos y me trastabillaba con las palabras de más de dos sílabas. Farazzo solía tranquilizarme de inmediato permitiéndome que yo mismo eligiera el tema de nuestra charla y yo siempre optaba por lo soñado. En una de mis pesadillas recurrentes lidiaba con la vuelta al hogar. Aparecía perdido en un barrio, junto al vecindario de mi niñez. Quería regresar a la casa de mis padres. El escenario me desconcertaba; no me resultaba ni familiar ni completamente desconocido. Quizá sea la misma extrañeza que se repite al relatar mi historia, como si hablando y hablando, mi experiencia se independizase de mi imaginación, contando sus propias verdades. Le pregunté a la doctora qué significaban estos sueños y ella contestó que lo importante era lo que yo creía que significaban, pero bien sabía la doctora que yo no creía en nada.

Teba me dejó varios mensajes antes de que me decidiera a coger el teléfono: «Pablo, no seas idiota—decía el primero—. Quiero que hablemos, por favor.» «¿Por qué eres así? Lo siento, de verdad, lo siento mucho. Tenía que hacerlo. Te quiero, pero tengo que estar junto a ella. Déjame que te lo explique. Por favor, descuelga. Venga, no me lo pongas tan difícil». Esta conversación marcó el comienzo de mi historia.

—¿Pablo?

—Sí. ¿Dónde estás?

—No te imaginas lo que me ha costado encontrar un teléfono para llamarte.

—¿Dónde estás?

—Estamos en un tren.

—¿Cuándo vas a volver?

—No lo sé.

—¿Dónde vas?

—Dame un respiro. ¿Pablo? No cuelgues.

—Estoy aquí.

—¿Te has enfadado?

—No.

—Sí, te has enfadado.

—Que no Teba, es que no entiendo por qué me llamas si te molestan mis preguntas.

—No es por ti y lo sabes.

—¿Me lo vas a contar?

—Claro.

Si Teba no me hubiese llamado yo seguiría dando vueltas en Madrid como un muerto viviente. A Farazzo le disgustaba que utilizase expresiones tan contundentes, pero yo no sabía hablar de otra manera. Teba me llamó para confesarme que la pasión que sentía por Semíramis venía de antes de lo que yo imaginaba. De antes incluso de que se hiciera conocida. Semíramis había sido amante de Sergio, el hermano de Teba. Descubrió el idilio hurgando en el correo electrónico de su hermano. Desde que Sergio le dio su contraseña para que le mirara una información que necesitaba estando de viaje, Teba se metía en el correo fraterno todos los días como quien consulta las noticias o mira el tiempo. Un día encontró apasionados mensajes de amor que recibía de una mujer en cuyo remitente sólo se leía «null». Razón por la cual, Teba la bautizara con un nombre tan anodino.

Me irritó que Teba no respetara la intimidad de su hermano. Se lo dije y me contestó que había cosas más importantes que la intimidad.

—Mira, Pablo, todo el mundo oculta algo, pero una cosa es guardar secretos y otra muy distinta acumular mentiras. Mi hermano es un mentiroso.

Intenté replicar. Teba no quiso darme más explicaciones sino leerme algunos mensajes de Null y me pidió que buscara el resto en el ordenador de sus padres.

—Espere, Pablo—interrumpió Farazzo—. ¿Por qué quiso Teba compartir con usted en aquel momento lo que hasta entonces había callado?

Yo mismo me cuestioné este cambio de actitud muchas veces. Creo que Teba necesitaba un testigo para afianzar su memoria, alguien que la conociera antes y después de Null. Alguien como yo, capaz de recordarle el decisivo papel que aquella mujer había jugado en su vida.

El primer mensaje que me leyó Teba por teléfono fue *Esquinas de labios*, un poema creacionista sorprendentemente erótico, muy breve, o así me pareció al escucharlo. Conocía el poema de memoria y al pronunciarlo delante de la doctora me inundó una terrible melancolía, como si su dolor me penetrara. Lo más curioso es que no era un poema triste. Sin embargo a mí se me saltaron las lágrimas y Farazzo me dejó llorar. Salió de la habitación con esa elegancia innata que tienen los ángeles y permanecí a solas un rato. Creo que la doctora poseía capacidades telepáticas, porque entró en el momento justo en el que necesitaba hablarle.

—La primera vez que yo escuché este poema me pareció una ramplonería cursi. Ahora he entendido que lo escribió a un solo remitente, y es necesario esconderlo. Es tan difícil hacerse entender. Me pregunto hasta qué punto conocí a Null; hasta qué punto comprendí a Teba. Dígame, doctora, ¿cómo sé quién soy?

Teba conectó con el poema instantáneamente apropiándose de su contenido como si estuviera dedicado a ella o como si ella fuese la única persona en el mundo capaz de entenderlo. Llegó en un correo de comienzos de noviembre, unas semanas antes de que Sergio volara hacia Alemania para retomar su carrera en la Universidad de Heidelberg. Desde que lo leyó sólo entraba en el correo de su hermano para buscar los e-mails de Null que invariablemente quedaban sin contestar. Teba encontró mensajes que se remontaban

al verano y elaboró con ellos la naturaleza de la aventura: Null estaba perdidamente enamorada de Sergio, aunque había procurado abandonarle en repetidas ocasiones a causa del desapego del amante. Correo tras correo la lectora fue tomando partido por Null. Sus textos la transformaron. Ella fue quien mejor interpretó a la actriz. Debí preocuparme meses atrás cuando Teba empezó a recitar a Silvina Ocampo: «Vivir es difícil para cualquiera que ame demasiado».

—Es una mística, Pablo, como Santa Teresa, como Simone Weil, es el espíritu expansivo de nuestro tiempo —me dijo en una ocasión y no tuve más remedio que reñirle y exigirle que abandonara aquel tono mesiánico para dialogar conmigo. Teba se ofendió.

—No hables de lo que no entiendes —agregó—. Tú no has estado presente y no tienes ni idea de la fuerza que irradia Null sobre el escenario. No te permito que la juzgues.

—Yo no he juzgado a nadie.

—Lo dice tu voz.

—¿Qué le pasa a mi voz?

—Esa autosuficiencia, como si nos miraras desde arriba.

No supe qué decir más que a mí también me gustó su pieza, pero que, por si acaso no recordaba, ella me había dejado sin ninguna explicación y estaba dolido y en tales circunstancias me parecía apropiado que mi voz sonara como me diera la gana. Supongo que la conmoví. Teba desvió la conversación. Dijo que se había pasado la vida intentando ser una escéptica modelo y ya estaba harta. Quería creer.

—¿Creer en qué? —me preguntó la doctora. No supe qué contestarle.

A través de los correos, Teba averiguó que Null trabajaba en *La hija del aire*, la obra que la novia oficial de Sergio, llamémosla Lorena, había montado. Un día Null escuchó a Lorena decir que su novio se marchó a Alemania y que en cuanto terminara la temporada ella iría detrás, a empezar juntos una nueva vida. Así fue como averiguó que su amante abandonó el país y no había dejado, ni pensaba dejar a su pareja. Todo esto la sumió en una profunda crisis de la que no volvió a despertar. Cuando Teba supo que su hermano desapareció de la vida de Null sin una llamada se sintió ultrajada. Recordaba que

la noche del descubrimiento, sentados a la mesa, sus padres hablaban de un petrolero que tenía problemas en el Norte. No se sabía bien cuál era la causa que lo mantenía amarrado cerca de la costa. Su madre profetizó la tragedia y ya entonces pedía responsabilidades políticas. La benjamín de la casa no estaba para petróleo, estaba deseando conectarse. Aquella noche llegó un e-mail en el que Null pedía a Sergio que por favor le dijera si era verdad que había dejado la ciudad y pensaba empezar una nueva vida junto a Lorena. Sergio no respondió. Teba y yo nos indignamos juntos a través del teléfono hasta que en el culmen de la rabia me confesó que le había contestado.

—¿Qué?

—Le contesté —repetió.

Teba escribió a Null desde el correo de Sergio, suplantando su identidad, una sola frase: *Por favor, no me escribas más*. Seis palabras y se quedó tan satisfecha, como si hubiera devuelto el orden a las cosas. Esta es la razón que nos hizo ir al teatro. Teba necesitaba conocerla y me invitó a *La hija del aire* por nuestro aniversario. Asistimos a la primera de las encarnaciones del pájaro agonizante. Tuvo un éxito inmediato. El público salió entusiasmado y entre ellos un importante redactor de un canal privado que se empeñó en sacar la obra en el informativo. A la televisión le siguieron otros medios y el número del alcastraz ganó protagonismo. Null nunca habló públicamente, en su lugar Lorena concedió una entrevista en la que proclamaba la misión social y el compromiso político del teatro, como si la idea de tratar el tema de la catástrofe ecológica le perteneciera. Durante un par de semanas se adaptó el montaje para que Null realizase su número y el momento culminante del drama pasó a ser la agonía del alcastraz.

IR A LA FICHA DEL LIBRO

Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.